

## ALGUNAS NOTAS SOBRE SUBCULTURAS ADOLESCENTES

Luis F. García de Onrubia (\*)

---

Aspiro a mostrar ciertos aspectos de la aparición de las subculturas adolescentes en función de un ejemplo que me parece significativo: las condiciones de formación de la subcultura delincuente en adolescentes transculturados. <sup>(1)</sup>

No es posible hablar de subcultura adolescente sin aludir a las transformaciones que la noción de adolescencia ha sufrido en los últimos años. Tal vez no haya otro dominio en la psicología diferencial de las edades que haya experimentado en igual proporción el influjo de nuevas ideas y se haya beneficiado en mayor medida de los horizontes que abren los recientes desarrollos de las ciencias sociales. <sup>(2)</sup> Bastaría señalar, por vía de ejemplo, que un clásico de la adolescencia como crisis de originalidad —Maurice Debesse— se preguntaba hace unos años en "Enfance" <sup>(3)</sup> si realmente la adolescencia sería una crisis y si nuestras ideas al respecto no estarían inspiradas en prejuicios de "status" incapaces de dar cuenta del fenómeno adolescencia en su generalidad. Pero sea o no tan radical el replanteo como lo anuncian las palabras de Debesse, lo cierto es que actualmente tenemos de la adolescencia una concepción más amplia que nos permite visualizarla en su contexto social y en sus implicaciones culturales. Es este enfoque el que nos abre a la comprensión de las subculturas adolescentes y el que en cierta forma hace posible concebir a la adolescencia como una subcultura reactiva.

Hoy resulta claro que sin referencias concretas a la dinámica familiar y al campo social en el que la adolescencia transcurre, la limitamos a un conjunto de transformaciones corporales, de alteraciones somáticas acompañadas de determinadas vivencias de soledad y rebeldía que no entendemos por que no se dan siempre, por que adoptan cambiantes intensidades y por que se agudizan en ciertos momentos históricos. Sin aludir a la familia y a sus características actuales, sin tener en cuenta la posición que en el campo social hemos asignado por motivos claros u oscuros a los adolescentes, creo que no podemos entender el sentido de la subcultura que ellos crean ni el reclamo, a veces patético, que alienta en esas subculturas.

Tal vez los adultos no hayamos pensado lo que se les exige a los adolescentes nada menos que la aceptación de nuestro mundo. Un mundo que Bien o mal se encuentra estructurado, que se le presenta al adolescente como un todo supraindividual en cuya creación no ha colaborado y del cual no se siente participe. Un mundo que ha regulado las relaciones interpersonales y, por tanto, limita la libre manifestación personal. Le exigimos al adolescente metas específicas y determinadas que tengan sentido y significación social; lo obligamos a elegir una carrera o un oficio y que pase por las

etapas necesarias del aprendizaje. Lo instamos constantemente a que se ubique en la realidad corriendo todos los riesgos de lo inesperado y sorprendente de la realidad y abandonando para siempre la segura fantasía infantil. Lo llevamos a acatar normas, a respetarlas y a seguirlas, con lo cual pretendemos pase rápidamente de una socialización concreta a la socialización abstracta de la vida adulta.

Este alto nivel de exigencias ha sido posible en cuanto el adolescente se encontraba respaldado por un núcleo familiar frente al cual se rebelaba, pero qué era lo estable y sólido porque asumía íntegramente sus funciones de protección, amor y estabilidad. Podemos preguntarnos si es esa hoy la situación del adolescente o, mejor, si el núcleo familiar está en condiciones de cumplir esas tareas que son los correlatos de las exigencias que la sociedad plantea al adolescente. O si, por el contrario, no cumpliéndolas crea condiciones en las cuales la adolescencia, que es un fenómeno de contexto social, adquiere formas particulares y, con frecuencia, aberrantes.

Ninguna consideración actual de la familia puede dejar de lado el hecho innegable de que es una institución sujeta a cambio y en vías de transformación. Sería ingenuo pensar que los esfuerzos puedan dirigirse a la restauración de la familia tal como ella era hace cien años. Pero no lo es menos suponer que puedan comprenderse fenómenos como el de la adolescencia sin tener en cuenta esa transformación, el cambio operado en los papeles parentales y las alteraciones que sufre la dinámica familiar clásica.

Es un lugar común decir que una normal evolución psíquica - requiere de papeles parentales delimitados y precisos. De una madre que proteja y dé cariño hacienda posible que a partir de la relación con ella se estructure toda relación interpersonal futura. De un padre que juegue el papel de figura fuerte, que dé seguridad y representando en cierto modo al mundo social, por aquello de que la maternidad es biológica y la paternidad social, haga posible una buena identificación del hijo varón con él. Una normal evolución psíquica requiere hermanos con los que se dispute, con los que se viva la rivalidad frente al cariño de los padres y frente a los que se sienta repartido el amor materno y la imposición paterna de límites. A tal punto parece necesario el que se den estas condiciones que cuando se ha querido innovar creando otras aparentemente más favorables —como en la experiencia reciente de los Kibboutz de Israel que pone toda la frustración en los educadores y hace de los padres figuras gratificadoras y de aparición esporádica— la estructura familiar ha debido retornar paulatinamente a las formas conocidas. (4)

Pero ese retorno, posible dentro del clima que podríamos llamar experimental del Kibboutz, tal vez no lo sea en nuestra realidad cotidiana. Las circunstancias sociales y culturales han ido alterando las funciones parentales, modificando su dinámica y transformando los roles de cada una de los miembros de la pareja. La madre con

ocupaciones extrahogareñas crecientes por imposiciones del "status" económico o por necesidad de independencia, ya no es la residente permanente de la casa. El padre, sometido a un mundo de competencia y a una lucha por la vida que cada día la absorbe más, no facilita la identificación y ha abandonado la conducción de la casa en manos de la madre. Pero sobre todo, ni madre ni padre están seguros sobre los valores que deben inculcar a sus hijos ni sobre las identificaciones que tienen que fomentar. Así desorientados e inseguros respecto a sus roles, incapaces de dar normas porque ellos mismos no están seguros de cuáles son válidas y operantes, viviéndose tal vez como culpables por no poder asumir plenamente una postura frente a los adolescentes, los adultos los han extrañado ubicándolos en el campo social como a un grupo minoritario. Kurt Lewin <sup>(5)</sup>, cuando en las postrimerías de su vida trasladó al orden social sus ideas sobre campo psicológico, se detuvo precisamente a examinar esta dinámica de la adolescencia por la cual el joven se convertía en un "hombre marginal" que no perteneciendo en realidad a ningún grupo se integraba cerradamente e. una entidad minoritaria integrada por sujetos hipersensibles, inestables y agresivos que trataban abierta o embozadamente de incorporarse y ser aceptados por los grupos mayoritarios. Esta misma frustrada necesidad de aceptación es la que han subrayado Bloch y Niederhoffer <sup>(6)</sup> en una de las más serias investigaciones contemporáneas sobre bandas delincuentes. Lo significativo radica, especialmente, en que los autores explican el profuso ceremonial, los ritos casi institucionalizados comunes a las bandas como resultado de la carencia de ceremonias de aceptación e incorporación al mundo adulto. La banda expresaría, así, bajo forma exagerada y patológica el deseo de incorporación de los adolescentes que no probados por los adultos se prueban a sí mismos en el micromundo de la banda. El hecho de que las ceremonias de iniciación de las bandas se parezcan a los ritos de iniciación de las comunidades primitivas resulta, al respecto, muy ilustrativo. Pero así extrañados o no incorporados y por una suerte de fenómeno paradójico que es la contraparte de la actitud que los puso fuera y lejos, nunca los adolescentes han tenido a los adultos tan pendientes de ellos, tan inquietos por su conducta ni tan ansiosos por su porvenir.

Las subculturas adolescentes —y la banda delincuente es una de ellas— surgen, así, de una reacción frente a la actitud del mundo adulto. Aparecen como la expresión del deseo de resolver ciertos problemas que los adultos no resuelven, de actuar conforme a un marco de referencia que no es el socializado sino el del conjunto que posee similares problemas de adaptación. Lo subcultural que presentan estos grupos radica en que crean normas que son compartidas solo por quienes se van a beneficiar con ellas y que encuentran en los otros integrantes de la subcultura el clima propicio para ponerlas en práctica. El grupo subcultural es, de esta manera, un interesado creador de normas que

no hacen sino expresar las conductas posibles del grupo y los valores que para el grupo valen. Albert Cohen (<sup>7</sup>), investigador de las subculturas delincuentes, ha subrayado como la subcultura valora por reacción aquello que fuera de ella es condenado.

Generada de esta manera, la subcultura delincuente adquiere vida propia: expresa a sus integrantes y éstos se sienten expresados por ella. Imposible de pensar sin los sujetos particulares que la constituyen es, sin embargo, algo más que una suma de personalidades. Elabora, como se ha visto, sus normas, delimita sus zonas de lo prohibido y lo autorizado, crea sus héroes y sus víctimas, sus líderes y sus chivos emisarios, sus tradiciones, su historia. Insta usos, códigos de moral, conductas asignadoras de "status". Establece qué es lo que gratifica y qué lo frustrante, qué figuras son idealizables y males merecen la burla, qué sentido tienen las relaciones interpersonales y hasta donde pueden llegar.

Subculturas así organizadas e institucionalizadas no encontramos todavía entre nosotros. Advertimos los síntomas de su constitución de la misma manera en que sin poderse decir que la existencia de "gangs" o bandas sea en la actualidad un urgente problema argentino, notamos que el delincuente juvenil solitario y económicamente presionado de hace veinte o treinta años ha desaparecido. El hecho es importante porque todo nuestro aparato proteccionista y reeducativo está dirigido al tratamiento de un tipo de delincuente juvenil que prácticamente no existe en la actualidad.

Pero sin que tengamos una subcultura institucionalizada, no cabe duda que asistimos al nacimiento de una subcultura del delito juvenil entre nosotros. Creo que los establecimientos de reeducación de menores delincuentes ofrecen una perspectiva — qué, sin duda, no es la única— sobre las condiciones en que esas formas subculturales van engendrándose. El enfoque es, evidentemente, parcial porque no todo adolescente que ha cometido delito es destinado a un establecimiento de reeducación y los casos con que podemos manejarnos ya han sufrido una primera selección. (<sup>8</sup>) Pero a pesar de no ser expresiva de la totalidad de la situación actual, permite señalar algunas características que pueden ser de interés y que están a la espera de un estudio sistemático.

En primer lugar, la naciente subcultura delincuente en la ciudad de Buenos Aires está integrada, en proporción que excede las dos terceras partes (<sup>9</sup>), por adolescentes que han sido transplantados del lugar de su nacimiento o de aquel en el que pasaron los diez o doce primeros años de su vida. Son las víctimas de las migraciones internas que aquí, como en su hora en Europa y Estados Unidos, resultan generadoras de serios problemas de conducta. Nacidos en el interior, rara vez en ciudades importantes, estos adolescentes han hecho su vida y logrado la escolaridad —qué excepcionalmente pasa de tercer o cuarto grado-- en el lugar de su residencia originaria. Se han movido en un

ambiente limitado rural o pueblerino con horizontes e incentivos muy distintos a los de la ciudad. Se han conmensurado a un mundo cultural hecho a la medida de sus posibilidades; a un ritmo de vida y a un nivel de expectación adecuados a sus valores y a sus marcos de referencia. Afectivamente se encuentran ligados a una figura femenina que les da apoyo y cariño. No es, sin embargo, la madre: es la abuela. La madre es un ser ausente, es una imagen desvaída de residencia lejana que aparece esporádicamente y que reside breve tiempo con sus hijos. La figura paterna es borrosa porque se lo menciona como un elemento de la tradición familiar y se lo da por muerto o alejado o, en caso de existir, con frecuencia irrumpe bruscamente en la vida infantil como el ebrio o el castigador. Lo que los adolescentes cuentan de sus padres son, con frecuencia, hechos y características de otro miembro masculino de la familia: el do o el abuelo o el compadre de la abuela. Lo que dicen de la madre se basa en visitas espaciadas y gratificadoras por los regalos, en el resultado del aleccionamiento familiar, en todas las tradiciones proyectadas sobre la imagen de la madre real y sin ningún fundamento en la experiencia efectiva del adolescente. Pero un día en la vida del adolescente que aun reside en el interior, la madre aparece y anuncia que no volverá sola. Esto ocurre después de los doce años, generalmente alrededor de los catorce cuando ya se tiene prometido algún trabajo para el adolescente o se espera conseguirle algo ubicado en las más bajas escalas. Y el adolescente se viene a Buenos Aires con esa madre casi desconocida, pero a la que le han enseñado a respetar por sobre todas las cosas. Casi siempre a un barrio de emergencia. Suele ocurrir que allí en espacios inconcebibles por lo mismos aparezca otra familia; otros hermanos, un nuevo compañero de la madre. Pero aparecen sobre todo otras exigencias, otras necesidades, surgen nuevas motivaciones, se hacen patentes nuevos valores y los marcos de referencia existentes, las coordenadas culturales que se traían no resultan operantes. El nuevo compañero de la madre inspira, por lo general, recelo o sorda agresión; la madre debe distribuir el tiempo que le deja el trabajo entre los hijos de su segundo o tercer concubinato; la abuela —qué era un real vínculo afectivo— está ausente y lejana. Solo quedan los pares. Los otros adolescentes con similares problemas, igualmente transculturados, no más eficaces para desempeñarse en una actividad laboral que requiere alguna capacidad <sup>(10)</sup> y que debe soportar la competencia, igualmente exigidos por las presiones externas y por las pulsiones internas que llevan al goce, a la posesión de bienes, al logro de prestigio, a la obtención de una compañera. Carentes de vínculos, de puntos de referencia, de algo que pueda hacer las veces de un asidero, estos adolescentes bloqueados, incomunicados, que parecen deambular en un transmundo que no es todavía la realidad sin ser ya la fantasía, se reúnen y en el hecho delictivo realizado sin mucha elaboración, sin largos preparativos, encuentran tal vez la (mica posi-

bilidad de comunicarse y de exteriorizar algo que, no obstante su anómala manifestación, es expresivo de su personalidad. El primer delito es, tal vez, insignificante. Incluso puede ser una simple vagancia, pero abre al mundo del establecimiento de reeducación donde las causas generadoras de la subcultura se ven reforzadas y vigorizadas. Ya no es el chico de la esquina o los muchachos del barrio los que tienen sus mismos problemas; son muchos chicos con variada experiencia y un parejo destino. De ahí surge el espíritu de cuerpo y la agresividad centrada en los adultos con autoridad; de ahí los objetivos comunes, la aceptación de los valores del grupo, el medirse a sí mismo por lo que el grupo considera positivo o de hombre. Así empieza una nueva jerarquización subcultural conforme al delito que se ha cometido y a la actitud más o menos audaz que se ha tenido frente a la autoridad. Se advierte que el logro de un "status" puede depender de la propia acción y así aparece el probarse a sí mismo en otra oportunidad o, en el encierro mismo, mediante la rebelión o la fuga. Cuando estas condiciones se han dado, la subcultura puede constituirse. Para que aparezcan las "gangs" solo falta el proceso de institucionalización.

Mucho tendría que agregar un examen sistemático sobre estas subculturas. Desde un cierto ángulo, cabría mostrar como sus integrantes presentan características personales que se adaptan bastante bien a los rasgos del yo delincuente que Fritz Redl ha estudiado con abundante material clínico. <sup>(11)</sup> Desde otro punto de vista, la subcultura cuenta no es sino un caso particular de las subculturas del abandono, próximas y con más de una nota común con las subculturas de la pobreza que ha descrito Oscar Lewis. En esta ocasión tal vez sea suficiente señalar una realidad social que nos rodea y en la que estamos inequívocamente comprometidos.

### **Notas**

(\*) Profesor titular de las cátedras Introducción a la Psicología y Psicología II (Corrientes psicológicas contemporáneas) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

1. Lo que sigue refina desordenadamente algunas ideas sobre subculturas adolescentes centradas en torno a la subcultura delincuente juvenil, que aquí se toma como ejemplo de carácter nacional. Estas páginas forman parte del material reunido para elaborar un trabajo de mayor aliento en el que aspiro volcar algunas experiencias logradas en ocho años de trabajo psicológico en el orden proteccional.
2. Bianka Zazzo en su excelente "Psychologie differentielle de l'Adolescence", Paris, P. U. F., 1966, ha reseñado la transformación del concepto de adolescencia -de S. Hall a nuestros días.
3. Enfance, numero especial dedicado a la Adolescencia, 1958.
4. Véase al respecto, Y. TALMON GARBER: Evolution Sociale et Structure Familiale, Revue Internationale des Science Sociales, Unesco, vol. XIV, 1962.

5. K. LEWIN: Teoría del campo y experimentación en psicología social, Boletín del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, tomo XI, 1958.
6. H. BLOCH & A. NIEDERHOFFER: The Gang, Philosophical Library, N. York.
7. A. K. COHEN: Delinquent Boys. The Culture of the Gang, Free Press, Gelincoe, Ill., 1960.
8. Por diversas razones muchos son derivados a la consulta privada y otros casi inmediatamente entregados a sus padres por los jueces. El hecho debe tenerse en cuenta para juzgar las estadísticas conocidas.
9. Se alude a la población de un instituto de reeducación para menores que se encuentran bajo disposición judicial. Concretamente nos referimos a la población existente en agosto-septiembre de 1963.
10. Sin duda la que el tercero o cuarto grado de nuestra escuela primaria no proporciona
11. Las experiencias de Redl en Pioneer House (Detroit, U. S. A.) son hoy tan fundamentales como en su hora lo fueron las de Aichhorn. Véase en castellano, REDL Y WINEMAN, Niños que odian, Buenos Aires, 1959.